

FELICIANO PÁEZ-CAMINO

**HISTORIA Y PRESENTE.  
UNA MIRADA AL MUNDO DE  
ENTREGUERRAS (1919-1939)**



**UMER**

UNIVERSIDAD DE MAYORES EXPERIENCIA RECÍPROCA  
SEDE SOCIAL: AVENIDA DEL LLANO CASTELLANO nº 13 – 2º 6  
28034 MADRID  
[www.umer.es](http://www.umer.es)

Historia y presente. Una mirada al  
mundo de entreguerras (1919 – 1939)

FELICIANO PÁEZ-CAMINO

*Madrid, 2025*



# HISTORIA Y PRESENTE. UNA MIRADA AL MUNDO DE ENTREGUERRAS (1919-1939)

(CONFERENCIA PRONUNCIADA POR EL AUTOR EN LA UNIVERSIDAD  
DE MAYORES EXPERIENCIA RECÍPROCA EL DÍA 20 DE OCTUBRE DE 2025)

El periodo que transcurre entre el final de la primera guerra mundial y el inicio de la segunda es abundante en acontecimientos históricos, y quizá fértil en enseñanzas cívicas. Nos acercaremos a él con atención a lo que cuentan algunas publicaciones recientes, centrándonos en la República alemana de Weimar y su destrucción por el nazismo. Luego repasaremos aquellos aspectos del periodo que contienen elementos de futuro y que dan al conjunto una imagen más en claroscuro, menos tenebrosa que la que es frecuente tener de él. Y concluiremos con algunas observaciones sobre analogías con el presente, desde la convicción de que, más allá del tópico de que la historia se repite, cabe encontrar en aquel tiempo algunos elementos que fundamenten nuestra reflexión acerca de asuntos inquietantes del nuestro.

## El interesante caso de la República alemana de Weimar

Los años 20 y 30 del siglo XX constituyeron algo más que una tregua entre dos guerras. Ocurren entonces hechos tan impactantes como el surgimiento del fascismo y el del comunismo, la aparición y extensión de una depresión económica general que inspira prácticas nuevas como el *New Deal*, o el desencadenamiento en España de una guerra civil que se internacionaliza. El crac bursátil de octubre de 1929, situado a medio camino entre 1919 y 1939, invita a dividir el periodo en dos fases correspondientes a ambas décadas, a menudo etiquetadas como “felices veinte” y “gran depresión”. Esa referencia puede actuar también como un recordatorio de la diversidad de respuestas políticas a una coyuntura compartida: Hitler y Roosevelt alcanzaron el poder a la vez, en plena crisis, a comienzos de 1933 y también lo abandonaron -junto con la vida- casi al mismo tiempo, en abril de 1945; personifican, sin embargo, dos formas bien distintas de ejercerlo.

De resultas de la primera guerra mundial (entonces llamada “gran guerra” porque cabía esperar que no hubiera una segunda) se hundieron cuatro imperios: el ruso, el austro-húngaro, el alemán y el otomano, lo que propició la aparición en Europa de nuevos y heterogéneos Estados dotados de estructuras democráticas. Estas se revelaron bastante frágiles ya que, a lo largo del periodo de entreguerras y sobre todo en los años 30, fueron convirtiéndose en dictaduras, proceso cuyo último hito fue el desplome de la República checoslovaca en 1938. Tras el fracaso de la oleada insurreccional que, al calor de la revolución rusa, afectó a Alemania, Hungría e Italia, fueron, en general, fuerzas de derechas las promotoras de los procesos de destrucción de las democracias, que afectaron sobre todo a la Europa eslava.

La República nacida del colapso del Imperio alemán constituye, junto con la Segunda República española proclamada en abril de 1931, el caso más llamativo y estudiado de las democracias abatidas en el periodo de entreguerras. Tienen entre sí obvias diferencias, sobre todo en las circunstancias de su establecimiento y desaparición, pero presentan interesantes semejanzas. La primera, el engarce de ambas en sus respectivas historias nacionales. En el caso alemán, la República asumía tradiciones como la Ilustración, el republicanismo democrático de 1848 (cuyo símbolo era la recuperada bandera negro-rojo-oro) o el obrerismo socialista encarnado

en el SPD, referencias históricas que eran no menos alemanas, sobre todo prusianas, que las invocadas por la derecha nacionalista. En ambas Repúblicas se instauró, en abierto contraste con los regímenes que las precedieron y sobre todo con los que las reemplazaron, una libertad política de la que sus enemigos hicieron abundante uso para destruirlas. Y en las dos se manifestó un esplendor cultural en diversas áreas que, pese a su brevedad y brusca interrupción, sigue resonando con vigor en nuestro presente; la exposición “Tiempos inciertos. Alemania entre guerras”, habida en *Caixaforum* de Madrid en el otoño de 2024, es una buena muestra de ello.

En aquella Alemania convulsa y creativa brilló el expresionismo en las artes plásticas y en el cine (*Metrópolis* de Fritz Lang es de 1926), se publicaron obras literarias de alcance universal (*La montaña mágica* de Thomas Mann, en 1924) y desarrolló su actividad la *Bauhaus*, cuya trayectoria coincide con la de la propia República. Si en algún tiempo Berlín pudo disputarle a París la hegemonía de la innovación cultural fue en aquel. Entre los numerosos testimonios literarios que lo ilustran, está el de Sándor Márai, que en sus *Confesiones de un burgués*, publicadas por primera vez en 1934, evocaba “la libertad incondicional de expresión y de pensamiento, la devoción y la buena disposición con las que se recibía cualquiera manifestación artística novedosa, todo eso hizo de Berlín una de las ciudades más interesantes y quizá más esperanzadoras de Europa”<sup>1</sup>.

La República fue proclamada en Alemania el 9 de noviembre de 1918, dos días antes de la firma del armisticio que puso fin a la guerra, y sus gobernantes tuvieron por tanto que gestionar una derrota militar y una crisis social heredadas del desplomado régimen imperial. Las primeras elecciones legislativas tuvieron lugar el 19 de enero de 1919, con voto para las mujeres y con una reducción de la edad mínima para votar de 25 a 20 años, con lo que los votantes pasaron de 14,4 millones (en 1912) a 37,4 millones. La asamblea se estableció en Weimar (Turingia), la ciudad de Goethe y de Schiller que ha dado nombre a la Constitución allí aprobada el 31 de julio y a la propia República. También se ha empleado para designar a la coalición de centro-izquierda que sostuvo inicialmente al régimen, formada por el socialdemócrata SPD (que había obtenido el

---

<sup>1</sup> Escritor en lengua húngara, Sándor Márai nació en Kassa (Imperio austro-húngaro, hoy en Eslovaquia). Cito por la edición española de *Confesiones de un burgués*, Barcelona, Salamandra, 2006, p.304. Entre los testimonios españoles figura el de Francisco Ayala, que en el primer volumen de sus memorias titulado *Recuerdos y olvidos* hace una vivaz referencia a sus estancias en Berlín antes y después de la llegada de los nazis al poder (Madrid, Alianza, 1984, pp.140 y 177).

37,9% de los votos), el Centro de inspiración católica (19,7%) y los demócratas liberales del DDP (18,5%). Aunque la dirección política correspondía a un canciller sostenido por el Reichstag, había un presidente de la República, elegido por siete años, al que el artículo 48 de la Constitución concedía facultades extraordinarias en caso de inestabilidad parlamentaria. El primero en ejercer ese cargo fue el líder socialdemócrata Friedrich Ebert. El Estado mantenía cierta estructura federal, con un predominio de Prusia, donde vivía en torno a los tres quintos de la población alemana, y que constituyó, en contraste con Baviera, un baluarte político de la República.

Los primeros tiempos de la postguerra republicana fueron harto difíciles. A las tempranas tentativas revolucionarias promovidas por quienes fueron confluyendo en un fuerte partido comunista, el KPD, duramente reprimidas, siguieron intentonas derechistas sustentadas en grupos de excombatientes, como la marcha sobre Berlín de Kapp-Lüttwitz en marzo de 1920, y más tarde el golpe de la cervecería de Múnich encabezado en noviembre de 1923 por el general Ludendorff y el ex cabo Hitler. A la galopante hiperinflación de 1923 le hizo frente, desde agosto de ese año, un gobierno de gran coalición encabezado por el dirigente menos derechista del partido popular, DVP, Gustav Stresemann, que luego protagonizó un acercamiento diplomático a Francia. A partir de 1924, la República podía ofrecer una prometedor imagen de consolidación interna y externa. El propio Stefan Zweig lo recordó así, poco antes de su muerte en Brasil en 1942, en el último y enjundioso libro que escribió, publicado dos años después con el título *El mundo de ayer. Recuerdos de un europeo*: “El corto decenio que se extiende de 1924 a 1933, desde el final de la inflación alemana hasta la toma del poder por Hitler, representa, a pesar de todo, una pausa en la sucesión de catástrofes de que nuestra generación ha sido testigo y víctima desde 1914”.

## **Auge y destrucción de la democracia alemana**

En octubre de 1925 tuvo lugar una conferencia internacional en Locarno (Suiza), al término de la cual se firmó un tratado por el que Alemania garantizaba, junto a Gran Bretaña e Italia, la permanencia de su frontera con Francia y Bélgica. La aceptación por Alemania de sus fronteras occidentales –no así de las orientales– era ya fruto de la voluntad de sus gobernantes y no del *diktat* impuesto en Versalles. En septiembre de 1926, la República alemana entró en la

Sociedad de Naciones y, reconocida como gran potencia, pasó a formar parte de su Consejo como miembro permanente, situación que mantendría hasta que Hitler ordenó su retirada en octubre de 1933.

Unos meses antes de Locarno, en abril de 1925, tuvo lugar un hecho que más tarde se revelaría decisivo en la crisis de la República: la elección como presidente del ex mariscal monárquico Paul von Hindenburg. El presidente Ebert había muerto el 28 de febrero, a los 54 años, en medio de una “vil campaña de difamación”<sup>2</sup>, que incluía acusaciones de traición e incorporaba mofas por sus modestos orígenes sociales, de la que tuvo que defenderse ante unos tribunales bastante benignos con sus acusadores. Para la segunda vuelta de la elección presidencial, el candidato socialdemócrata Otto Braun (que había obtenido el 29% en la primera) se retiró, al igual que el candidato del partido demócrata, en favor del centrista Wilhelm Marx (14,5%) para unir a las fuerzas republicanas frente al candidato paternal y supuestamente apolítico Hindenburg, de 77 años, promovido por la derecha. El católico partido popular bávaro (BVP), aliado habitual del centro, optó por pedir el voto para Hindenburg, protestante por cierto, en lugar de para el católico centrista Marx. Y el KPD tampoco respaldó al candidato del centro-izquierda y mantuvo la candidatura de su dirigente Ernst Thälmann, que obtuvo el 6,4% de los votos; con la mitad de ellos se habría enjugado la escasa ventaja que Hindenburg (48,3%) le sacó a Marx (45,3%). Así, con la contribución activa de los católicos bávaros y la pasiva de los comunistas, la República había metido al enemigo en casa, como se haría patente a partir de 1930. Cuando, un año y medio después de haber llevado a Hitler al poder, murió Hindenburg, el corresponsal en Berlín del diario madrileño *Ahora*, Eugenio Xammar, recordó en su crónica del 3 de agosto de 1934, y no fue el único que lo hizo, que su elección por escaso margen en abril de 1925 había sido, con efecto retardado, “para la República un golpe de muerte”<sup>3</sup>.

Con todo, en la segunda mitad de los años 20 las instituciones republicanas funcionaron con bastante normalidad. En las elecciones parlamentarias de abril de 1928 –las últimas antes de que la “gran depresión” afectara con fuerza a Alemania– el SPD rozó el 30% de los votos y el socialdemócrata Hermann

---

<sup>2</sup> Son palabras del historiador Volker Ullrich: *El fracaso de la República de Weimar. Las horas fatídicas de una democracia*. Madrid, Taurus, 2025, p.154. Las siguientes citas suyas, en pp.194, 372 y 340.

<sup>3</sup> Eugenio Xammar: *Crónicas desde Berlín (1930-1936)*. Barcelona, Acantilado, 2005, p.208.

Müller encabezó un gobierno de coalición que incorporaba a los liberales progresistas del DDP, al Centro católico e incluso a la derecha moderada del DVP. El KPD, que alcanzó entonces el 10,6%, seguía rechazando la República “burguesa” y calificando a los socialistas de “socialfascistas”. Por lo pronto, los fascistas de verdad, el partido nacionalsocialista (NSDAP), habían obtenido el 2,6% de los votos. Pero, como escribe el historiador Volker Ullrich en su reciente libro sobre la destrucción de la República de Weimar, “en la historia futura de la República, la división del movimiento obrero había de resultar funesta, puesto que con ella se vieron debilitadas las fuerzas comunes de resistencia contra los verdaderos representantes del fascismo, la derecha alemana en alianza con el movimiento nacionalsocialista”.

En 1930 ocurrieron hechos de alcance. El 23 de enero la extrema derecha accedió por primera vez a un gobierno regional, el de Turingia. Nombrado ministro del Interior y de Educación Popular, el nazi Wilhelm Frick puso en seguida en práctica una política persecutoria de la cultura. El 27 de marzo se rompió, por un desacuerdo relativo a la financiación del seguro de desempleo, la gran coalición, lo que constituyó un punto de inflexión crucial porque ya no volvería a haber gobiernos respaldados por una mayoría parlamentaria y se sucederían los de *confianza presidencial*, empezando por uno encabezado por el centrista Heinrich Brüning, al que seguirán los de Franz von Papen el 31 de mayo de 1932 y el general Kurt von Schleicher el 1 de diciembre.

El tópico de que “los nazis llegaron al poder porque ganaron las elecciones” requiere alguna matización. Ciertamente no lo hicieron en la forma abrupta de Mussolini o bélica de Franco. La evolución electoral del partido nazi fue como sigue. En las elecciones al Reichstag de septiembre de 1930 –ya con 3,5 millones de parados- subieron del 2,6% al 18,3% (mientras la suma de los dos partidos de derecha, DVP y de DNVP, bajaba del 23% al 11,5%). En 1932 la inestabilidad parlamentaria se acentuó, y hubo dos elecciones. En las del 31 de julio 1932 los nazis alcanzaron su ápice con el 37,3% (mientras los dos partidos de derecha se quedaban en el 7,1%). Y, tras una nueva disolución parlamentaria, en las del 6 de noviembre del mismo 1932, bajaron al 33,1%. Es decir, en poco más de tres meses –en los que ya había señales de recuperación económica, tras haberse alcanzado los 6 millones de parados- habían perdido dos millones de votos: de 13,7 a 11,7 millones, con 30 escaños menos. La suma del SPD, 20%, KPD, 17%, rebasaba entonces en 4 puntos los votos nazis.

Los datos se prestan a dos observaciones. La primera es que el ascenso nazi se produce al compás de la crisis y en sincronía con el descenso electoral de los dos principales partidos de la derecha (el popular DVP y el más reaccionario nacional-popular DNVP). Trasvase que puede entenderse como una radicalización del voto conservador, paralela a la que, con menor intensidad, se produce en la izquierda, donde los comunistas (KPD) crecen a costa del SPD, aunque sin llegar a alcanzarlo. La segunda es que el acceso de Hitler a la cancillería se produce cuando su partido ha sufrido un fuerte retroceso electoral -aunque sigue siendo la primera fuerza política con un tercio de los votos- por decisión del presidente Hindenburg, hoy sabemos que urdida por políticos de la derecha, entre los que destaca el católico supuestamente centrista Franz von Papen, y que sería pronto avalada por personajes poderosos de la industria y las finanzas<sup>4</sup>.

Basta con asomarse a los periódicos o a los escritos de testigos de aquellos días, para apreciar que la llegada de Hitler al poder el 30 de enero de 1933, que tan ineluctable parece en muchos libros de historia, fue acogida, dentro y fuera de Alemania, con cierta sorpresa como correspondía a un hecho inesperado, y con no demasiada inquietud, ya que se conjeturaba que sería un episodio pasajero. Además, Hitler aparecía encabezando un gobierno en el que los nazis estaban en exigua minoría, con solo otros dos hitlerianos, Herman Göring y Wilhelm Frick, frente a los representantes de la derecha más clásica, entre los que destacaban F. von Papen como vicescanciller y comisionado en Prusia, y, al cargo de la economía, Alfred Hugenberg, magnate de los medios de comunicación, dirigente de DNVP desde 1928 y controlador de la milicia de los *Stahlhelm* (cascos de acero). Hitler quedaba -se pensó entonces- “rodeado y domesticado”. Pero, como escribe Ullrich, “rara vez un proyecto político se ha revelado con tanta rapidez una quimera como la aspiración de los conservadores sobre la *domesticación* de los nacional-socialistas”. En efecto, Alemania se convirtió en el plazo de unas semanas en una dictadura encabezada por quien había alcanzado el poder dentro del marco democrático, si bien a través de lo que Ullrich ha llamado “un tenebroso juego de intrigas”, urdido por conservadores sin apenas escrúpulos democráticos.

---

<sup>4</sup> Hindenburg, con 82 años, había sido reelegido presidente en abril de 1932, precisamente frente a Hitler. La trama para promover a Hitler y consolidarlo en el poder ha sido objeto de recreaciones literarias, entre ellas el premio Goncourt de 2017 *L'ordre du jour* de Éric Vuillard (edición española en Barcelona, Tusquets, 2017).

Del mismo modo que requiere matices la afirmación de que Hitler llegó al poder *porque* ganó las elecciones, no es verdad que, mientras pudo hacerlo con libertad, “la mayoría del pueblo alemán apoyó a los nazis”. Ya en la cancillería, Hitler forzó una nueva disolución del Reichstag, pero las elecciones celebradas el 5 de marzo de 1933, pese a realizarse en un ambiente de coacciones y de violencia, no le dieron la esperada mayoría absoluta, ya que el voto nazi se quedó en el 43,9%. Tal contrariedad no le impidió proseguir con el derribo del régimen. Se hizo otorgar plenos poderes legislativos el 23 de marzo, suprimió la autonomía de los Estados federados el 7 de abril, disolvió los sindicatos el 2 de mayo, promovió una primera quema pública de libros, presidida por Joseph Goebbels, el 10 de mayo, estableció al NSDAP como partido único el 14 de julio, firmó un concordato con el Vaticano el 20 de julio, y acompañó esas y otras medidas con la creación de la policía secreta estatal (Gestapo) y la apertura de los primeros campos de concentración. El último resto institucional de la República de Weimar desapareció cuando, al morir Hindenburg el 2 de agosto de 1934, Hitler asumió ilegalmente la jefatura del Estado, convirtiéndose en el *reichsführer*. Un mes antes, el 30 de junio, había hecho una sangrienta purga entre sus propias filas y sus aliados, en la conocida como “noche de los cuchillos largos”.

Entretanto se oficializó la persecución de los judíos. En su crónica de *Ahora* el 14 de febrero de 1933 titulaba Eugenio Xammar *Millares de ciudadanos alemanes ponen su ilusión en España. Son judíos que huyen ante el rigor de las leyes hitlerianas*; y en su primer párrafo decía: “han oído hablar de una República –la nuestra– donde el prejuicio de raza y el recelo ante el extranjero son inexistentes”. En la prensa española de derechas cundió un entusiasmo por la nueva Alemania. *ABC* envió como corresponsal en Berlín, entre marzo y septiembre de 1933, a César González Ruano, cuyos panegíricos fueron recopilados en el librito *Seis meses con los ‘nazis’*. Más tarde, el 8 de marzo de 1936, a raíz de la ruptura por Hitler del acuerdo de Locarno y la ocupación militar de Renania, se podía leer en la página 31, primera de tipografía, del diario monárquico: “Alemania ha encontrado el estadista que le faltaba durante muchos años”. En la prensa republicana se tuvo pronto conciencia de lo que había supuesto la llegada de los nazis al poder. En el vehemente *Heraldo de Madrid* del 29 de marzo de 1933, se leía: “Por ese escepticismo ingenuo que negaba beligerancia a Hitler y no lo conceptuaba peligroso está hoy el austriaco pintor de brocha gorda haciendo el Nerón en Berlín desde la cancillería alemana. (...) en estos momentos se libra en Europa la gran batalla

entre la democracia y las fuerzas de choque de la reacción representadas por el fascio. O se está con o contra el fascismo”.

## **Luces y claroscuros en el periodo de entreguerras**

Si es verdad que en aquel tiempo se plasmaron algunas de las experiencias más abominables de la historia de la humanidad, también lo es que en él se forjaron y empezaron a manifestarse avances sociales y culturales que conforman un legado constructivo. Veamos algunos de ellos.

### ***Consolidación democrática y avance social en la Europa nórdica.***

En los países de la Europa nórdica (Dinamarca, Finlandia, Noruega y Suecia), la misma crisis económica que, procedente de Estados Unidos, facilitó la desestabilización alemana, no propició el derrumbamiento de la democracia, sino, por el contrario, su fortalecimiento. Y no porque la intensidad de sus efectos sociales fuera menor que en Alemania; en algunos casos fue, en términos relativos, mayor: en 1932 el porcentaje de desempleados sobre el conjunto de la población activa era el 31,7% en Dinamarca y el 30,8% en Noruega, mientras en Alemania era el 30,1%. La respuesta a la crisis allí fue acentuar las tendencias democratizadoras y reformistas, sentando las bases del “Estado del bienestar”, del que estos países, en particular Suecia, constituirían a partir de entonces un punto de referencia. Gestores de la depresión a lo largo de los años treinta, los partidos socialistas crecieron (en Suecia el S.A.P. llegó a alcanzar, bajo la dirección de Per Albin Hansson, el 46 % de los votos en 1936 y el 54% en 1940) y se asentaron en el poder. Sus experiencias gubernamentales ganaron en estabilidad por las alianzas que contrajeron con partidos agrarios, que en otras regiones gravitaban hacia la derecha. La entonces llamada “coalición rojo-verde” llegó a funcionar en los cuatro países, y permitió impulsar, desde supuestos a la vez progresistas e interclasistas, una política social y económica que consolidó la democracia cuando, con parecida coyuntura económica, ésta entraba en crisis en los países de la Europa centro-oriental.

### ***Otras novedades políticas y culturales***

Como hemos visto, en los países nórdicos o en la propia Alemania durante los catorce años de Weimar, al igual que en el quinquenio republicano español en paz, no todos los cambios políticos de entreguerras tuvieron una orientación totalitaria. En general, hubo un aumento de la participación social en la toma de decisiones políticas. No en vano se habló mucho, para bien o para mal, de la presencia y de la rebeldía de “las masas”, así como de la crisis del papel desempeñado por las elites socioculturales; muestra destacada es la publicación en 1930 de *La rebelión de las masas* de Ortega y Gasset. El propio fascismo es inconcebible, en algunos de sus rasgos característicos frente a formas anteriores de reacción, sin la crecida presencia de las masas en la vida pública. El 3 de marzo de 1933, Ramiro de Maeztu rendía en la primera página de *ABC* un expresivo homenaje de la reacción tradicional al dirigente nazi: “Las muchedumbres están en la política. Podemos lamentarlo. Sería mucho más provechoso para ellas consagrarse al trabajo y que la Providencia las librara de los agitadores que las sacan de sus casillas. El hecho es que están en la política y que hay que dirigir las. Y eso es lo que hace Hitler como nadie”. Además del crecimiento de los sindicatos y partidos de orientación socialista en el continente europeo, fue una época de consolidación de procesos políticos en el mundo anglosajón. En Gran Bretaña el laborismo desplazó a los liberales como alternativa de izquierdas a los conservadores. En Estados Unidos cuajó la dicotomía ideológica entre el partido Demócrata y el Republicano. En diversos ámbitos de las ciencias sociales se formularon en estos años teorías innovadoras de largo alcance, como las de John Keynes para la Economía, Hans Kelsen para el Derecho, o la escuela francesa de *Annales* para la Historia. Al progreso general de las ciencias no fue ajena la España de los años 20 y 30, donde, sobre todo con el impulso de la Junta para Ampliación de Estudios y la Residencia de Estudiantes, se desarrollaron las investigaciones de Ignacio Bolívar, Blas Cabrera, Enrique Moles, Julio Rey Pastor y otros muchos protagonistas de la vertiente científica de aquella *edad de plata* de la cultura española.

### ***El voto femenino y sus contradicciones***

El reconocimiento del derecho de las mujeres al sufragio y otras mejoras en la igualdad legal entre los sexos experimentaron un salto adelante tras la primera guerra mundial. Habían tomado la delantera los países nórdicos y, en los años siguientes a la guerra, el sufragio femenino se estableció en las grandes potencias (Estados

Unidos, Alemania, Reino Unido, Unión Soviética) salvo en Francia. También lo reconocieron algunos países nuevos, como las Repúblicas de Austria, Checoslovaquia y Polonia. En los años treinta la oleada se extendió hacia el suroeste y el sureste de Europa, en países que habían puesto en pie procesos de laicización (España, 1931; Turquía, 1934); y empezó también en Hispanoamérica, con Brasil y Uruguay. Está acreditado que en Alemania, como en otros lugares, el voto femenino no benefició a las fuerzas de izquierdas que lo habían promovido. Según datos del historiador Horst Möller, en la elección al Reichstag en 1920, solo el 43% del electorado del SPD fue femenino, frente al 59% del Centro católico y el 56% del derechista DNVP. Y en el parlamento alemán, como en el español, se hizo patente una “correlación negativa”. Los partidos menos votados por las mujeres eran los que tenían más diputadas; en las elecciones de 1928, fue femenina el 13% de la representación parlamentaria del SPD, frente al 3,3 del Centro y el 2,7 del DNVP<sup>5</sup>. El ideólogo nazi Alfred Rosenberg hablaba de “emancipar a la mujer de la emancipación” y parece que el tradicional destino femenino de “las tres k” (cocina, niños e iglesia) que los nazis incorporaron a su programa no disuadió a muchas mujeres de apoyarlo. Lo atestiguaba Manuel Chaves Nogales en una crónica para *Ahora* del 24 de mayo de 1933: “uno de los más fuertes apoyos de Hitler son las mujeres, a las que precisamente Hitler ha metido en la cocina de un manotazo”<sup>6</sup>. En España, donde solo una de las nueve mujeres que ocuparon escaños en las Cortes republicanas era de derechas, es difícil ponderar la influencia del voto femenino en la victoria de las derechas en noviembre de 1933, aunque está claro que no impidió la victoria de las izquierdas en 1936.

### ***Las relaciones euro-americanas, hacia la universalización cultural***

La conexión entre Europa y América se acentuó desde los años 20, como lo muestra el éxito de ritmos y bailes traídos del otro lado del Atlántico, tal que el jazz o el tango, y de las películas estadounidenses; además, el paso del mudo al sonoro con el cambio de década amplió el caudal de público del cine. Importantes

---

<sup>5</sup> Horst Möller: *La República de Weimar. Una democracia inacabada*. Madrid, Papeles del Tiempo, 2010, pp.139-140.

<sup>6</sup> Las crónicas que el gran periodista español envió desde Alemania en la primavera de 1933 han sido recientemente recogidas en Manuel Chaves Nogales: *Crónicas de la Alemania nazi. Cómo se vive en los países de régimen fascista*. Barcelona, Página Indómita, 2025. La cita, en p.77.

escritores y artistas americanos, tanto de Estados Unidos como de Iberoamérica, encontraron acogida en las grandes ciudades europeas, especialmente en París, pero también en Berlín hasta 1933 y en Madrid. Luego, a partir de mediados de los años 30, ese proceso tomó un sentido inverso, con los exilios hacia América provocados por el nazismo y el franquismo (aunque algunos habían hecho el camino antes, sin abandonar las referencias a Europa, como Ernst Lubitsch autor de la estupenda película satírica *To be or not to be* en 1942). En palabras del hispanista estadounidense Gabriel Jackson: “La vida cultural del Nuevo Mundo se enriqueció inmediatamente con los aportes de esos exiliados europeos. Las universidades de América latina, la vida literaria, los departamentos de literatura española y alemana de las universidades de Estados Unidos, las orquestas sinfónicas, las facultades de ciencias, los grupos de actores de Broadway y Hollywood, las galerías de arte y los museos, todos ellos recibieron el aporte permanente del talento europeo, gentileza de los señores Hitler, Mussolini y Franco”<sup>7</sup>.

### ***Algunas bases para el europeísmo y la organización internacional***

Aunque terminaron temporalmente aplastadas por los nacionalismos, hubo iniciativas *européistas*, apoyadas por prestigiosos intelectuales, entre ellos Albert Einstein, Sigmund Freud, Heinrich y Thomas Mann, Romain Rolland, Benedetto Croce, José Ortega y Gasset, Salvador de Madariaga. Esas posiciones no eran incompatibles, sino al contrario, con la defensa de la Sociedad de Naciones, organización con sede en Ginebra cuyo fracaso final frente a los Estados agresores (como Japón en China en 1931, Italia en Abisinia en 1935 y la Alemania nazi en su “espacio vital” europeo) no debe ocultar sus éxitos temporales, su valor como experiencia de cara a la futura ONU, así como el pesado lastre que para ella supuso la ausencia de los Estados Unidos, tanto más paradójica cuanto que fue el presidente Wilson quien había promovido la idea al término de la primera guerra mundial.

---

<sup>7</sup> Gabriel Jackson: *Civilización y barbarie en la Europa del siglo XX*. Barcelona, Planeta, 1997, p.196. Una publicación sobre el tema, que ha obtenido el Premio Nacional de Historia de 2025, Juan Francisco Fuentes: *Bienvenido mister Chaplin. La americanización del ocio y la cultura en la España de entre-guerras*. Madrid, Taurus, 2025.

### ***La cultura del antifascismo como confluencia de fuerzas progresistas***

La defensa de las libertades democráticas frente a las diversas encarnaciones del fascismo actuó como estímulo para una confluencia de las izquierdas de matriz tanto liberal como socialista, a la que se sumaron los comunistas en un viraje político gestado en 1934, que para los alemanes ya llegó tarde. Esos llamados Frentes Populares que ganaron las elecciones de 1936, en febrero en España y en mayo en Francia, cayeron abrumados por la violencia bélica, pero dejaron una herencia para el futuro. En su gran libro *Postguerra*, Tony Judt subrayó esa supervivencia: “La mayoría de los europeos de los primeros años de la postguerra se encontraron siendo gobernados por coaliciones de políticos de izquierda y centro-izquierda bastante similares a los frentes populares de la década de 1930 (...) e incorporaron muchas políticas y figuras de la época de los frentes populares”<sup>8</sup>. El antifascismo tuvo además, sobre todo a partir de 1933, un fuerte eco en el mundo intelectual. En España, tras la sorpresa inicial, la solidaridad con la cultura alemana perseguida fue viva y rápida. El 1 de mayo de 1933 se publicó un manifiesto contra la “barbarie fascista que encarcela a los escritores alemanes”, con una lista de firmas encabezada por Federico García Lorca. El 10 de julio de ese año se constituyó en el Ateneo de Madrid un “Comité español de ayuda a las víctimas del fascismo hitleriano”, presidido por Luis Jiménez de Asúa; entre sus vocales estaban Américo Castro y Claudio Sánchez-Albornoz, que al menos en eso estuvieron de acuerdo.

### **Aquel tiempo y el nuestro: sobre analogías y enseñanzas**

La experiencia de la República de Weimar, como otras posteriores, muestra que los avances democráticos no son irreversibles y que las conquistas sociales pueden perderse. Por otra parte, al analizar la historia, tenemos que explicar, con el mayor rigor posible, lo que ocurrió, aunque sin dar a entender que eso era lo que tenía necesariamente que ocurrir; y para ello no conviene perder de vista las conductas individuales que condicionaron el desarrollo de los hechos. Sobre esa base se esbozan a continuación algunas consideraciones sobre el periodo de en-

---

<sup>8</sup> Tony Judt: *Postguerra. Una historia de Europa desde 1945*. Madrid, Taurus, 2006, p.109.

triguerras en las que, procurando no forzar más de lo razonable las analogías, se puedan encontrar algunos temas de reflexión para nuestro tenso presente.

### ***El desplazamiento de la derecha hacia su facción extrema hasta diluirse en ella***

La subida del voto nazi desde 1930 corrió en paralelo al aumento galopante del desempleo. Eso no significa necesariamente que los parados se pusieran a votar en masa a los nazis; parece que muchos eligieron más bien a los comunistas, en tanto que sectores no directamente acechados por el desempleo, pero temerosos de una revolución producida por la crisis social, pasaron a confiar en la derecha más dura. Las cifras electorales muestran claramente que el voto nazi se alimentó en buena medida del deshinchamiento de los dos principales partidos de la derecha, el DVP y el DNVP, e incluso de un Centro que había desdeñado las antiguas alianzas hacia su izquierda. Acercando su discurso al de la extrema derecha nazi, dirigentes como F. von Papen y A. Hugenberg, que se habían hecho con el control del Centro y del DNVP respectivamente, promovieron, con la anuencia de Hindenburg, la llegada a la cancillería del que no dejaban de considerar un estrafalario demagogo, pero con el que esperaban compartir el poder desde una posición de fuerza. Ahora bien, a esas alturas Hitler les había arrebatado la mayor parte de sus apoyos electorales y poseía la iniciativa política para poner en pie su dictadura personal. Si echamos un vistazo hacia la República española, vemos que la derechización del partido Radical alimentó fundamentalmente a la CEDA con quien compartió el poder en el segundo bienio y que la derrota electoral de ésta en febrero de 1936 desplazó a buena parte de las huestes cedistas hacia las posiciones más netamente fascistas.

### ***Las actitudes sectarias y las divisiones suicidas en la izquierda***

Es frecuente considerar que la pluralidad es más propia de la izquierda que de la derecha porque es más complejo ponerse de acuerdo para transformar las cosas que para conservarlas. Aun así, la izquierda ha sido capaz de aunarse para defender avances amenazados o concertar nuevas propuestas; el periodo de entreguerras ofrece ejemplos de ello como el de los frentes populares, aunque, en casos como el de Alemania, llegaron cuando ya solo podían establecerse en la clandestinidad.

tinidad, los campos de concentración o el exilio. Un ejemplo ilustrativo de lo que pesa la memoria tanto de la derechización conservadora como de la división progresista lo ha expresado, con su acendrada perspicacia, Nicolás Sartorius en un artículo titulado “Por favor, no los mismos errores en la izquierda” (publicado en *El País* el 4 de junio de 2025), en el que, entre otras observaciones, podíamos leer: “Las derechas moderadas se radicalizaron en extremo, hasta el punto de hacer suyos los postulados de las incipientes fuerzas fascistas y facilitarles, a la postre, la llegada al poder. (...) Hicieron de todo para evitar la estabilidad de la república de Weimar y se fueron inclinando cada vez más hacia la derecha, con el fatídico ‘centrista’ Franz von Papen y el mariscal Paul von Hindenburg a la cabeza, hasta caer de bruces en las fauces de Adolf Hitler, al que por lo visto iban a controlar. Las izquierdas, por su parte, [estaban] enfrentadas sin piedad, pues para los comunistas la socialdemocracia era el ‘socialfascismo’ y sectores de estos últimos no fueron ajenos a la eliminación física de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo”<sup>9</sup>.

### ***Las críticas deslegitimadoras del sistema democrático***

Siendo consustancial a la democracia y uno de sus atributos positivos, la crítica, llevada a ciertos extremos, puede fragilizarla en provecho de sus enemigos. El cultivo de la indignación y el victimismo, la desconfianza global en los partidos, el rechazo indiscriminado a “los políticos” o “al sistema” arraiga con facilidad en sectores de la ciudadanía y a veces recorren con rapidez el camino que va de la extrema izquierda a la extrema derecha. Estas tienen obvias diferencias que no cabe negar, pero comparten la desenvuelta hostilidad a ese sistema que las tolera a ambas. A propósito de la República de Weimar, Horst Möller ha constatado que “A pesar de su enemistad, la derecha y la extrema izquierda estaban de acuerdo en una cosa, la lucha contra la República democrática”<sup>10</sup>. Uno de los rasgos que llaman la atención en las exposiciones culturales que tienen por tema el esplendor de la Alemania de Weimar es la descarnada presentación de las situaciones sociales por parte de artistas como George Grosz, que, por ejemplo en sus caricaturas sobre “El rostro de las clases dominantes” (1923), no se privó de incorporar

---

<sup>9</sup> Mantengo, en esta como en otras citas, las mayúsculas y minúsculas, así como los nombres, del original.

<sup>10</sup> Möller: op. cit., p.196. Este historiador señala también que, mientras muchos artistas solían apoyar al KPD, los científicos tendían a hacerlo al SPD (p.144).

las de los líderes socialdemócratas y otros republicanos. Por su parte, el escritor Alfred Döblin publicó en 1929 (el mismo año en que Thomas Mann recibió el premio Nobel de Literatura) su impactante novela *Berlín Alexanderplatz*, donde la modernidad narrativa está al servicio de una imagen hipercrítica de los tiempos de Weimar. Cuando estos tiempos problemáticos dejaron paso al orden nazi, A. Döblin, G. Grosz y tantos otros se apresuraron a abandonar, rumbo a Europa occidental y los Estados Unidos, una Alemania en la que ya no era posible la disidencia ni la crítica.

### ***Cambios, pero también permanencias, en las actitudes sociales***

Si en aquel periodo el voto, recién adquirido de las mujeres (que, en los países participantes en la gran guerra, eran más numerosas que los hombres) pudo inclinar hacia la derecha los resultados electorales, la realidad actual resulta bien distinta, como es sabido. Por el contrario, parece que se mantiene la tendencia a los vaivenes extremistas de la juventud, que en aquella época era más abundante que en la nuestra; en 1925, solo el 5,8% de la población alemana superaba los 65 años. Tanto el comunista KPD como el hitleriano NSDAP tenían mucha presencia joven y la cultivaban a través de sus milicias. Volker Ullrich ha señalado que la SA nazi ofrecía a “hombres jóvenes e inseguros respecto de su futuro no solo una red de dispositivos sociales de asistencia, sino también un campo abierto para dar rienda suelta a su agresividad”<sup>11</sup>. Y un testigo, como el perspicaz Sebastian Haffner, en su evocación redactada en 1939, hace referencia a la obsesión por el deporte como una razón del “atontamiento masivo que sufría la juventud”<sup>12</sup>. Además del consabido nacionalismo, y de dosis diversas de clericalismo, las derechas cultivaron una exaltación ruralista, en un tiempo de avance general de la urbanización. Se proclamaron defensoras de tradiciones nacionales encarnadas en el mundo agrario y supuestamente maltratadas por el cosmopolitismo urbano. Ese componente social e ideológico aflora si identificamos los principales caladeros de votos nazis en los últimos años de Weimar, o de la CEDA en la España interior; o si, ya en 1940, observamos los valores invocados por la Francia de Pétain. Factor de continuidad puede ser también el desparpajo con el que los sectores reacciona-

---

<sup>11</sup> Ullrich: op. cit., p.265.

<sup>12</sup> Sebastian Haffner: *Historia de un alemán (1914-1933)*. Barcelona, Destino, 2021, p.81

rios, integristas religiosos incluidos, se aplican a las novedades técnicas que facilitan su propaganda simplista; es sabido que los nazis hicieron, con Goebbels al frente, un intenso uso de la radio y del cine. Cabe añadir el defectuoso funcionamiento de la justicia y la orientación conservadora de muchos jueces, que, en el caso de Alemania, estaban más afanados en investigar las acusaciones contra los gobernantes de la República que en castigar los crímenes de sus enemigos; luego la mayor parte se plegaría dócilmente a las aberraciones jurídicas del Tercer Reich<sup>13</sup>.

### ***La normalización de la violencia física y verbal***

En el periodo de entreguerras la violencia física de raíz política era desde luego más intensa que en la actualidad, al menos en los países occidentales. Quizá experiencias recientes y cercanas no nos permiten decir lo mismo del insulto personal o de la deslegitimación del adversario. En todo caso, y tal vez como hoy ocurre con la “polarización”, la violencia era cultivada sobre todo por los mismos que la denunciaban y se ofrecían para solucionarla una vez alcanzado el poder. La República de Weimar tuvo que bandearse con las formaciones paramilitares surgidas de la derrota de 1918 que ejercitaban el resentimiento y la busca de culpables (que nunca eran ellos) y para los que ciertos crímenes eran actos de patriótica justicia. En el asesinato de Rosa Luxemburg, el 15 de enero de 1919, confluyeron tres de sus odios, a la izquierda, a los judíos y a las mujeres politizadas. Y además acallaron la voz más crítica del naciente comunismo. Con otros asesinatos como el de Matthias Erzeberg, ministro de Economía, ocurrido en agosto de 1921, o el de Walter Rathenau, ministro de Asuntos exteriores, en junio de 1922, eliminaban a políticos emprendedores que, sin ser de izquierdas, constituían un firme apoyo de la República, y a los que antes habían largamente insultado y calumniado<sup>14</sup>. Para el fascismo la violencia era no solo un instrumento para eliminar y atemorizar, sino un componente retórico, del que sus herederos conservan, por lo menos, las ampulósidades gestuales y verbales, la apropiación excluyente de símbolos y el gusto por las falsedades históricas. Por su parte, entre los comunis-

---

<sup>13</sup> Möller cita que en octubre de 1925 el abogado laboralista y politólogo Hugo Sinzheimer inició la publicación del periódico *Die Justiz*, “cuyo objetivo era describir mediante crónicas la situación penosa de la justicia”, en op. cit., p.237. En la obra de Bertolt Brecht *Terror y miseria del Tercer Reich* (1938) es significativa, a este respecto, la parte 6, titulada “La búsqueda del derecho”.

<sup>14</sup> Véase el libro de Julián Casanova *Una violencia indómita. El siglo XX europeo*. Barcelona, Crítica, 2020, en particular su capítulo 4, titulado “La guerra que no acabó en 1918”.

tas el uso o la justificación de la violencia dependía bastante de las coyunturas atravesadas por la dirección soviética; y, entre los anarquistas, más bien de las tendencias profesadas por cada grupo. En cuanto a los sostenedores de la democracia parlamentaria, sobre todo los de impronta pacifista y antimilitarista, la violencia generaba los consabidos dilemas entre la voluntad de preservar la concordia y la conveniencia de hacer frente a las agresiones.

***Cuando lo reaccionario es rupturista, lo progresista integra elementos defensivos***

Las acciones de los dirigentes totalitarios del tiempo de entreguerras -como Mussolini, Hitler, Stalin, sus discípulos menores y algunos allegados temporales- solían ser profusas y zigzagueantes, pero sus objetivos estaban claros e incluían una buena dosis de mesiánica destrucción. Para quienes se les oponían, el reto era combinar la crítica a las carencias y fragilidades del sistema de democracia representativa con su valoración y defensa, para no tener que añorarlo cuando fuera demasiado tarde. “Tenéis que escoger entre democracia, con todas sus menguas, con todas sus fallas, con todas sus equivocaciones o errores, y la tiranía con todos sus horrores” afirmó Manuel Azaña en el gran mitin del campo de Comillas en Madrid el 20 de octubre de 1935. Dos años antes, el principal dirigente de la derecha –aunque no el único ni el más extremista- José María Gil Robles, proclamaba en un discurso electoral en el cine Monumental de Madrid, el 15 de octubre 1933, nada menos que esto: “Nuestra generación tiene encomendada una gran misión. Tiene que crear un espíritu nuevo, fundar un nuevo Estado, una Nación nueva; dejar la Patria depurada de masones, de judaizantes (...). Hay que ir a un Estado nuevo, y para ello se imponen deberes y sacrificios. ¡Qué importa que nos cueste hasta derramar sangre! Para eso nada de contubernios. No necesitamos el Poder con contubernios de nadie. Necesitamos el Poder íntegro y eso es lo que pedimos. Entre tanto no iremos al Gobierno en colaboración con nadie. Para realizar este ideal no vamos a detenernos en formas arcaicas. La democracia no es para nosotros un fin, sino un medio para ir a la conquista de

un Estado nuevo. Llegado el momento, el Parlamento o se somete o le hacemos desaparecer”<sup>15</sup>.

Visto el tono con que el más nutrido sector de la derecha -que algunos historiadores califican de “moderada”- se desenvolvía en la democracia española de los años 30, no parece que falten antecedentes para ciertas destemplanzas del presente. Y subsiste la paradoja, tal vez solo aparente, de que el progresismo tenga entre sus tareas la de conservar lo socialmente adquirido y perfeccionarlo frente a un *rupturismo* reaccionario que lo menosprecia y destruye. Albert Camus, que tenía 19 años cuando Hitler llegó al poder y cumplió los 26 el año en que concluyó la guerra de España y empezó la segunda guerra mundial, lo expresó así cuando, en plena guerra fría, recogió el premio Nobel de Literatura de 1957: “Cada generación, sin duda, se siente obligada a rehacer el mundo. La mía sabe, sin embargo, que no lo rehará. Pero su tarea es quizá mayor. Consiste en impedir que el mundo se deshaga”<sup>16</sup>.

---

<sup>15</sup> Como es sabido, Gil-Robles no tardaría en colaborar en el gobierno con el partido Radical y, tras perder las elecciones de febrero de 1936, apoyó en julio a los sublevados contra la República. Luego se fue integrando en la oposición moderada al franquismo y formó parte de lo que la prensa propagandística del régimen motejó precisamente de “contubernio” de Munich en 1962. Cuando más tarde publicó sus *Discursos parlamentarios* (Madrid, Taurus, 1971) suprimió de la edición las frases “dejar la Patria depurada de masones, de judaizantes” y “¿Qué importa que nos cueste hasta derramar sangre!”.

<sup>16</sup> Discurso en el Ayuntamiento de Estocolmo el 10 de diciembre de 1957. Sobre la Alemania de Weimar y el nazismo, además de las obras ya citadas, existen publicaciones recientes de interesante enfoque, como Siegmund Ginzberg, *Síndrome 1933*, Barcelona, Gatopardo, 2024; Laurence Rees: *En la mente nazi. 12 advertencias de la historia*. Barcelona, Crítica, 2025; Timothy W. Ryback: *El ascenso de Hitler al poder 1932-1933*. Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2025; Johann Chapoutot: *Les irresponsables. Qui a porté Hitler au pouvoir ?* París, Gallimard, 2025.

## Nota biográfica:

Feliciano Páez-Camino Arias es doctor en Historia contemporánea. Ha ejercido hasta su jubilación como catedrático de Instituto y ha sido temporalmente docente en las Universidades Complutense, Carlos III de Madrid y Sorbona-París IV. Entre otras actividades de formación y divulgación, ha venido colaborando desde 2006 con la UMER. De su antigua relación con los temas de esta conferencia son muestras el libro *Democracias y dictaduras en los años treinta* (Madrid, Síntesis, 1992) y el artículo “El periodo de entreguerras (1919-1939): consideraciones para su enfoque” (revista *Tiempo y Tierra* nº10, Madrid, 2000). Su último libro publicado es *Mujer y política en la Segunda República española* (Universidad de Málaga, 2023).

## CUADERNOS DE U.M.E.R.

- Nos. 1 al 111 agotados. Pueden consultarse en la página web [www.umer.es](http://www.umer.es)
- Nº 112: “A telón abierto. Dramaturgos de ahora mismo: Alfredo Sanzol, Carolina Áfría y Ramón Paso”.  
Juan Carlos Talavera Lapeña.
- Nº 113: “Historia de la caricatura en el primer tercio del siglo XX”. Alfredo Liébana Collado.
- Nº 114: “Memoria de la Universidad de Mayores Experiencia Recíproca (Umer) 2014-2019”. Umer.
- Nº 115: “El nuevo mundo de Alexander Humboldt”. Santiago Barahona.
- Nº 116: “Breve Antología de poesía en castellano”. Víctor Agramunt Oliver.
- Nº 117: “Vivir sanamente la soledad”, Alejandro Rocamora Bonilla.
- Nº 118: “Ciudades poco amigables con las personas mayores: el malestar ambiental de la ciudad”, Blanca Tello Ripa.
- Nº 119: “Galdós (1843-1920), entre la Literatura y la Historia”, Feliciano Páez-Camino Arias.
- Nº 120: “La obra literaria de Galdós en imágenes”, María de los Ángeles Rodríguez Sánchez.
- Nº 121: “Personas mayores y COVID-19: más que cifras”, Loles Díaz Aledo.
- Nº 122: “Mujeres con pasado. Aspectos de la presencia femenina en la historia”, Feliciano Páez-Camino Arias.
- Nº 123: “España se seca, el desierto avanza”, Blanca Tello Ripa.
- Nº 124: “Galdós y el teatro”, Juan Carlos Talavera Lapeña.
- Nº 125: “Los sentimientos en tiempos de pandemia”, Alejandro Rocamora Bonilla.
- Nº 126: “Los Comuneros de Castilla: cinco siglos entre el mito y la historia”, Feliciano Páez-Camino Arias.
- Nº 127: “El Paseo del Prado, Patrimonio de la Humanidad”, Fidel Revilla González.
- Nº 128: “Nutrición y dieta: qué sabemos”, Jorge Jordana
- Nº 129: “Hechos y dichos. Las palabras de la Historia”, Feliciano Páez-Camino Arias.
- Nº 130: “Una mirada poliédrica a Las Meninas”, Rosa M<sup>a</sup> Valdivia Carrión.
- Nº 131: “Aproximación a las demencias en el siglo XXI”, Miguel A. García Soldevilla.
- Nº 132: “La huella de la historia en la obra y vida de Federico García Lorca”, Feliciano Páez-Camino Arias.
- Nº 133: “Pilar de Valderrama, la Guiomar de Antonio Machado”, María Dolores Ramírez Ponferrada.
- Nº 134: “El cementerio civil de Madrid, un archivo de historia al aire libre”, Daniel Galán García.
- Nº 135: “De la Psiquiatría a la Salud Mental”, José Jaime Melendo/Sol Gómez Arteaga.
- Nº 136: “Maestras y profesoras en el exilio”, Alfredo Liébana Collado
- Nº 137: “Etiopía, un país africano singular y sorprendente”, Ramón Capote del Villar/Meaza Tsige Beyene.
- Nº 138: “Entre lunas y puñales. Recital poético flamenco. En recuerdo a Federico García Lorca”, Isabel Andrés/  
Anabel Silva/Derek Giles.
- Nº 139: “¿Unas finanzas al servicio de los mercados o de las personas?”, Ricardo García Zaldívar.
- Nº 140: “Franz Kafka (1924-2024) Cien años de una obra actual”, Fernando Sánchez-Beato Lacasa.
- Nº 142: “Ensimismamiento en La montaña mágica a los cien años de su publicación (1924 – 2024)”, Fernando Sánchez-Beato Lacasa.
- Nº 143: “Historia y presente. Una mirada al mundo de entreguerras (1919-1939)”, Feliciano Páez-Camino Arias.



La Universidad de Mayores Experiencia Recíproca (U.M.E.R.) es una entidad estrictamente cultural, independiente de todo credo político o religioso (Art. 4 de sus Estatutos), organizada por profesores jubilados y personalidades de la cultura, con sede en Madrid y de ámbito estatal, cuyos fines son :

- Transmitir a los mayores con curiosidad intelectual, y a los que sin ser jubilados lo deseen, la experiencia acumulada en la vida docente, poniéndola al servicio de la sociedad.
- Fomentar la intercomunicación y la tolerancia.

(Declarada de Utilidad Pública el 1 de marzo de 2007)

En colaboración con:



Colección “Cuadernos UMER” nº 143